

## Prólogo

*Yo, Virgilio, negro de piel y esclavo por condición, me propongo transcribir aquí, con los medios de que dispongo, los consejos y lecciones que me transmitió mi Maestro en el transcurso de nuestra vida en común.*

*Hasta el momento de su Gran Ocultación, no escatimó tiempo ni sufrimientos en inculcarme los diez mandamientos del terrorismo, así como su filosofía y el espíritu de esta cofradía en plena expansión. Me enseñó cómo y por qué preservar la gran tradición de las innovaciones censurables, así como a distinguir entre aficionados y artistas, hasta que hizo de mí un discípulo consumado.*

*Tengo la esperanza de que este tratado esté a la altura del pensamiento de mi Maestro y pueda así instruir a aquellos que se propongan seguir el camino de los Artificios.*

*Soy plenamente consciente de los errores y variaciones que mi pobre memoria haya podido introducir en este breviario, y espero que tengáis la bondad de perdonarme si es que de algún modo he traicionado el pensamiento de mi Maestro.*

## Preámbulo

### *Saber fascinar a las masas*



Aquí da inicio mi discurso, breviarío y manual para la formación del Artificiero novicio y aprendiz de terrorista.

Me uní a mi Maestro poco después de su llegada a nuestra hermosa isla del Caribe. De hecho, yo, Virgilio, estaba incluido en el alquiler del magnífico palacete donde vino a instalarse. Mi cometido consistía en ocuparme del jardín y la limpieza. Cuál no fue mi sorpresa al constatar que, en lugar de una de esas familias de colonos que solían ocupar la vivienda, esta vez venía un hombre solo, de edad incierta y procedencia desconocida, con un baúl lleno de libros por todo equipaje, además de un par de sandalias y un bastón de peregrino. Inme-

diatamente le cogí manía. Era pretencioso, altanero y bravucón. Me regañaba todo el tiempo por mis mañas en el jardín, vilipendiaba mi cocina, que era insípida para su gusto, y denostaba mis maneras, que desde el principio le parecieron groseras. No hacía más que provocarme. Me interrumpía durante la siesta para pedirme que le diese un masaje o lo abanicase. Era tan odioso que, de no ser yo tan buena gente, hubiese acabado con él mientras dormía. Eso sí, para vengarme solía orinar en su café, que él tomaba muy fuerte, y sentía un malvado placer atestando su cama de insectos, no necesariamente mortales pero sí muy repulsivos. Un día, tras escapar por los pelos de la picadura de un escorpión bien feo que, como por azar, había aparecido bajo su almohada, de repente vino a buscarme con una gran sonrisa y me soltó más o menos este discurso:

—Virgilio, amigo mío, tú eres un poeta. Tus maniobras entomológicas son conmovedoras pero pueriles. Además has de saber que no me trago esos extraños brebajes que me preparas para desayunar desde hace mucho. Pero dime, ¿crees que llegarás a algún sitio con esos métodos tan primitivos? Lo dudo, Virgilio, lo dudo. Intentas liberarte, escapar de mi yugo, pero yerras la forma. Es más, con esas artimañas de principiante no haces sino acrecentar tu alienación.

Yo no podía creer lo que estaba escuchando. ¿Acaso me sugería que lo asesinase, así, sin más?, ¿que le partiese la cabeza como quien abre un melón? ¿El tipo era un suicida? ¿Un masoquista? ¿Un visionario? ¿Un loco, un sabio, un profeta? Como no entendía nada me quedé callado.

—Tu juicioso silencio te honra. Estás en el camino, Virgilio. Me has demostrado un odio fértil, pero también fútil. Así que, por muy extraño que parezca, me he propuesto ayudarte. Estoy dispuesto a proporcionarte los medios para luchar contra la opresión que te tiraniza, a instruirte en los usos y costumbres de la gran cofradía de la resistencia, de los Artificieros, de los soldados de la libertad: a entrenarte.

»Imagino que desconfías, que recelas de alguna oscura argucia. Quizá pienses que trato de embaucarte, que te estoy dando gato por liebre. Pero te equivocas, amigo mío, nada que ver con esas tontas estratagemas de poli barato. ¿O es que crees que podrías librarte de tus cadenas tú solito? Lo dudo, Virgilio, lo dudo. Los maestros de mi calaña son poderosos y retorcidos. Vas a necesitar mi ayuda, así que a ver qué te parece este trato: lo que me propongo hacer es guiarte en el aprendizaje de las Artes Liberadoras, enseñarte todos los métodos y los Artificios para que seas tú mismo quien se sacuda el yugo de la servidumbre.

Yo empezaba a sentirme más confiado, así que me decidí a preguntarle:

—¿De qué cofradía se trata? ¿En qué consiste ese saber? ¿Y qué me tocaría dar a cambio?

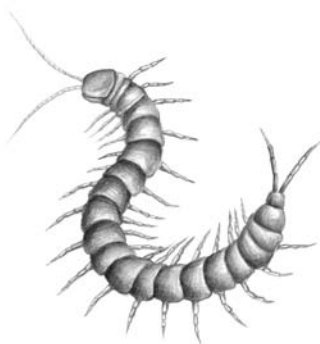
—Creo que puedo hacer de ti un gran terrorista, Virgilio. Por lo demás, cada cosa a su tiempo. Sólo te pido que, como contrapartida, me sirvas con pasión y sin rechistar ni gimoteo como has venido haciendo hasta ahora.

Reflexioné durante un instante. En el fondo no era tan repugnante, no señor, sino más bien elegante y culto.

—Vale, Maestro. Acepto. Estoy impaciente por empezar a aprender.

—Sí que me alegro, Virgilio. Ah, no te imaginas... Como el gran Salustio, vamos a poder consagrarnos al desenfreno, la jardinería y la conspiración.

Así fue como, una vez que nuestro pacto fue sellado por la lujuria, el carro de esta fértil sociedad, como decía mi Maestro, se puso de una vez en marcha.



## Lección primera

### *Tener una causa que defender*



Mientras estaba trabajando, mi Maestro vagaba por casa en bata y pantuflas, absorto en sus pensamientos y deteniéndose de vez en cuando para esbozar oscuros dibujos en grandes hojas de papel. No dejaba de tomarse generosos vasos de ron, una bebida que le encantaba, y la mayor parte del tiempo daba la impresión de no necesitarme para nada. A mí me fastidiaba no tener que servirlo, así que solía echarme delante de la televisión para distraerme un poco, algo bastante común aquí, en esta isla del Caribe. Entonces me perdía en divagaciones. Y aunque a mí me parecía que mi Maestro no se fijaba en los programas que yo miraba, una noche que daban un reportaje sobre la

destrucción de las Torres me reprendió del siguiente modo:

—Amigo Virgilio, esos árabes son unos majaderos, no merecen tu admiración. Aunque claro, como buen negro abrumado por la pequeña pantalla, tu error es comprensible. Te resulta fácil idolatrarlos por razones pueriles y banales como la destrucción de edificios monstruosos, el inédito éxito de la aviación civil, un sentido del orden y la organización tan extraño en aquellos lejanos países, y hasta por la escandalosa bofetada que el pequeño David le propina a Goliat. De acuerdo. Pero su gesto, Virgilio, el sentido de su gesto es ridículo. Sin hablar de sus gafas de sol. Unos majaderos y unos ignorantes. Ese derroche de medios, de llamas, de símbolos y declaraciones pomposas, es todo tan imbécil y está tan fuera de lugar como un campo de golf en Riad. El proyecto en el que quiero instruirte es mucho más ambicioso. Y es que la gran diferencia entre nosotros y esos aprendices, amigo mío, es la causa que defendemos. Porque vamos a ver, esos árabes a los que tú admiras, ¿qué causa defienden? Ninguna. Por más que leas y releas sus ineptas declaraciones hasta que te escuezan los ojos no vas a encontrar un solo motivo. No tienen ningún proyecto, ningún fin; oscuros galimatías de iluminados escritos en un árabe abasí de feria, y nada más. ¿Qué puede

esperarse de esos hombres de las cavernas que luchan en sandalias para liberar uno de los países más retrasados del mundo? Sé razonable, Virgilio. La causa de Dios, aparte de la causa primera, no es una causa sino un principio. ¿Provocar el advenimiento de Dios con una bella explosión? Jamás había escuchado una chiquillada semejante. La prueba de que no tienen ninguna lógica es que sólo la Gran Explosión, la Última, una que nos enviara a todos *ad patres*, sólo ésa propiciaría el advenimiento del reino de los cielos. Ahí sí tendríamos un objetivo honorable, o por lo menos comprensible, justificado. Su divisa sería «Acabémoslo». Acortemos la agonía del planeta. Seamos caritativos. Terminemos con toda la humanidad. Podría entender ese tipo de argumentos, alinearme bajo el estandarte de un verdadero terrorismo metafísico, pero ¿lanzar esos Boeing contra unos edificios que, a fin de cuentas, no tenían ningún interés?, por favor... Millares de muertos no son *millones* de muertos. Y aunque llegásemos a acabar con la humanidad, el planeta se recuperaría. Entonces tendríamos hormigas, pulgones, cabras, o incluso lapas, que son los moluscos más resistentes; la evolución retomaría su curso, el hombre no tardaría en renacer de un mono superviviente, o acaso de un saltamontes. Pero a esos beatos ni siquiera se les ha ocurrido. Te

lo repito, vagan en la noche y son devorados por la ilusión.

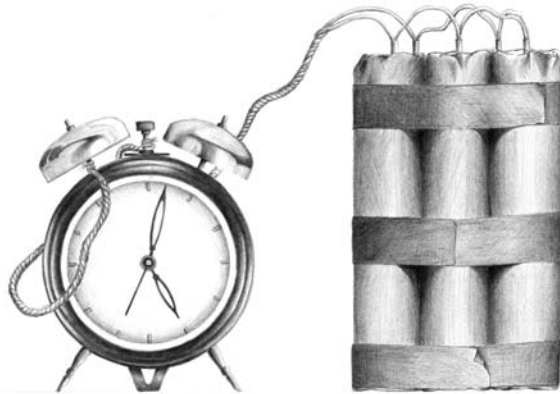
»Ya oigo rugir tu objeción desde el fondo de esa cabezota crespa. ¿Y el Arte por el Arte? La acción puede ser bella en sí misma, me dirás. Lo único que cuenta es el gesto, no hay que aspirar a nada más, sostendrías tú de haber leído a los pensadores franceses, simbolistas o rizo-máticos. Una detonación magnífica, un bello atentado y ya está. Realizar lo impensable. Pero estarías cayendo en el mayor de los errores, y te diré por qué: cuando nos consagremos a la destrucción, a los Artificios, y tras la explosión lleguen el vacío y el silencio, conviene estar preparados para reemplazar ese vacío por alguna otra cosa. De otro modo no habrás logrado nada, no habrás destruido nada. Para que una cosa explote realmente, para que desaparezca, el Artificiero no sólo debe prender el cartucho, sino también nombrar el vacío que acaba de crear, reemplazarlo. En caso contrario, de un modo u otro la cosa destruida permanece. Ésa es una ley universal, y sirve tanto para tus torres como para el resto: la jardinería, las lapas, los libros o la política. No olvides nunca que la naturaleza siente horror por el vacío. De ahí la necesidad de una causa, Virgilio, pues sólo ella sobrevive a la nada que deja tras de sí el incendio. Y nuestra causa es noble. Eso es lo único que cuenta.

Embobado, fascinado por tanta sabiduría, le di las gracias a mi Maestro por haberme iluminado hasta el punto de sentirme arrepentido. Aun así me permití preguntarle:

—Y esa causa ¿cuál es?

A lo que él me respondió sin inmutarse:

—Pues la nuestra, Virgilio, la nuestra: la del Despertar. El pueblo está dormido. El mundo sueña, y conviene despertarlo mediante un Gran Estruendo que haga retumbar el planeta entero. La gente vive sumida en la rutina, acostumbrada a transigir. Están resignados. El terror se ha prostituido. Ya nada sorprende. ¿Trescientos muertos en Madrid?, ¡bah!, ¿doscientos en Londres?, algunas imágenes interesantes y nada más; doscientos cincuenta en Milán; otros tantos en París..., ¡bah!, ¡rebah!, banalidades. Degüellas a un tipo aquí, descuartizas a otro allá, y nada tiene el más mínimo efecto. Ahí tienes la consecuencia directa de la irresponsabilidad de tus amigos, esos mediocres aviadores árabes. Han creado un precedente, y todo lo otro parece injustamente pálido a su lado. Hay que devolverle su valor a las llamas y al furor de la deflagración: crear, Virgilio. Por eso trabajo día y noche, por eso ya no me quito la bata ni las pantuflas, para planear la explosión última, el Gran Estruendo. Y en lugar del silencio ciego de esos descamisados hirsutos, lo que vendrá después será la iluminación y el renacimiento.



*Fig. 1. El despertar de las masas*

Mi Maestro estaba arrebatado hasta tal punto que apenas hubo rematado la frase se abalanzó sobre su ron y vació el vaso. Era un idealista. Así se lo dije, y así me reprendió en cuanto volvió a dejar el vaso sobre la mesa:

—¿Idealista? Lo dudo, Virgilio, lo dudo mucho. Veo que tu pensamiento de colonizado todavía está verde. Los ideales no tienen nada que ver con todo esto. Si es verdad que ciertas prácticas de los antiguos griegos son de mi agrado, la de los ideales no es una de ellas. La lira tampoco, por cierto, ni la poesía épica entre otras actividades que demuestran la debilidad de la inteligencia. Así que si tu intención era injuriarme no podrías haberlo hecho mejor. Los idealistas, los melencólicos y los pacifistas,

mi querido negrito, son la escoria de la humanidad. Nunca han resuelto nada, jamás han producido nada, y jamás han conseguido nada porque se consagran a los ideales, que son por definición lejanos. No tienen agallas. Realizar sus sueños pasaría por la acción, y ahí nunca llegan. Eso sí, te dicen que habría que hacer esto o lo otro, que los hombres deberíamos ser hermanos, que las armas tendrían que desaparecer, la televisión ser cultural, los libros gratuitos, los pobres ricos, y los ricos generosos. Y en el fondo, Virgilio, lo que hacen es insultarte a ti, que eres pobre y estás explotado. Piénsalo. ¿O acaso no te insultan al sostener esas propuestas que con su ineficacia perpetúan el orden establecido? Créeme, Virgilio, los idealistas son los mejores aliados del sistema. Más vale un enemigo idealista que uno armado con una granada. Nuestra causa, Virgilio, nuestra Idea, si así lo prefieres, es una granada. La cuestión es lanzarla con tino y cuando toca.

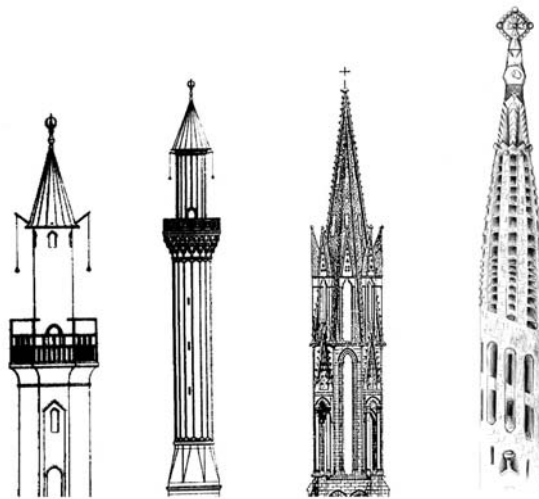
Yo asentí, pero no pude dejar de preguntarle:

—Y esa granada, Maestro, ¿cuándo la lanzaremos?

—Cuando tengas un poco más de juicio, amigo mío. Cuando tengas un poco más de juicio.

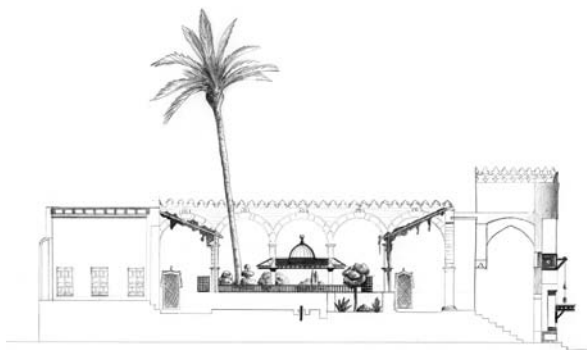
Me sentí humillado por esa última réplica, pero mi Maestro estaba en lo cierto. Así que no lo molesté por más tiempo y lo dejé dando

vueltas alrededor de la mesa, arrastrando los pies como un derviche. De vez en cuando me acercaba a los planos y esquemas que él estaba diseñando. El primero era el boceto de un catálogo de cohetes, misiles y otras armas aéreas.



*Fig. 2. Cohetes, misiles y otras armas aéreas*

La lámina estaba muy lograda, y yo me estremecía con sólo pensar en el día que utilizaríamos alguno de aquellos malvados ingenios para hacer el bien. Más misterioso, el segundo dibujo representaba, en sección, el colegio de jesuitas que lindaba con nuestro palacete:



*Fig. 3. Paisaje con palmera*

Enseguida le pregunté que por qué los jesuitas. ¿Se trataría de nuestro objetivo?

Él estalló en una gran carcajada sarcástica.

—Virgilio, tu sagacidad hará historia. Si este croquis tiene algo que ver con nuestra aventura, no es tan directamente como crees. De momento guardaré en secreto mis proyectos, ya que eres un charlatán incorregible y todavía tienes mucho que aprender. Vamos, no te enfades. Además, la Compañía de Jesús siempre ha estado del lado de los conspiradores. Y son unos buenos vecinos, así que me cuidaré mucho de arrasar su guarida. No seas tan impaciente. De momento más vale que te ocupes de mí, la vagancia no te hará ningún bien.

Así era mi Maestro, duro pero justo. De modo que dejé de fantasear y acudí a servirlo con

avidez y tan vivamente que inmediatamente después se durmió.

Luego salí a sentarme solo en el porche para deleitarme con la fragancia de la noche y el perfume embriagador de las orquídeas del jardín.

